

á la concepcion, y despues al laborioso engendro de todos los seres que pueblan el universo. Despues de los sistemas del Oriente, vienen los de la Grecia, en que la razon, más tranquila y más dueña de sí misma, no abriga ya la pretension de descubrir de un golpe todos los misterios de lo absoluto; se reconoce límites, percibe obstáculos, se ejercita como una facultad humana que sacude las trabas del hábito, y quiere ir tan léjos como su naturaleza lo consiente; pero el término de sus esfuerzos es siempre el mismo. Jónicos, pitagóricos, eleatas, discípulos de Demócrito, de Empédocles y de Anaxágoras, todos sin excepcion, todos los filósofos griegos desde Tháles hasta Sócrates, han buscado el *por qué* y el *cómo* de la universalidad de las cosas, han corrido tras un principio que pudiese dar cuenta de todos los fenómenos, así del pensamiento como del mundo exterior, y que no tenga necesidad de apoyarse sobre algo. No es este el lugar de explicar cómo han llegado á resultados tan diferentes; bástenos observar que la diversidad de las soluciones no menoscaba de ningun modo la identidad del problema. ¿Por ventura Sócrates, considerado justamente como el autor de una revolucion intelectual, ha cambiado el objeto de la filosofía? ¿Ha propuesto acaso otro fin general al trabajo de la razon humana? De ninguna manera; la reforma que introdujo no recae sino sobre el método; quiso que el hombre buscara la razon de las cosas en su propio pensamiento, en lugar de buscarla fuera de sí, puesto que por el pensamiento alcanza la verdad. Jamás quiso encerrar sus investigaciones en el estrecho dominio de la psicología ó de la moral; jamás se presenta en su boca la máxima de Delfos como un límite impuesto al horizonte infinito de la ciencia; la prueba de esto se halla en que es ante todo, metafísico; en que sus interrogaciones y sus definiciones tienden casi siempre á un resultado metafísico, como la determinacion de las primeras ideas, como la demostracion de la existencia de Dios por las causas finales, como sus doctrinas sobre la espiritualidad y la inmortalidad del alma. Este mismo método, en manos de Platon, su discípulo, vino á ser la teoría de las ideas, y sábase que la teoría de las ideas no sólo comprende la metafísica, sino también la física en el sentido de los antiguos, en una palabra, la sustancia de toda verdad, la base de todos los conocimientos humanos. Inútil es recordar lo que fué la filosofía para Aristóteles, el creador de la metafísica, el génio del método, la enciclopedia de todas las ciencias conocidas en la antigüedad; lo que fué para los estoicos, los epicureos, la escuela de Alejandria. En todas partes, y sea cual fuere el fin con que se la busca, con un fin especulativo ó con un fin práctico, en nombre de la verdad ó del soberano bien, la filosofía se presenta como la ciencia; no como tal ó cual ciencia, sino como aquella que las encierra y sostiene todas, que da á todas sus títulos de legitimidad. El mismo escepticismo no se forma idea distinta; sólo que declara irrealizable esa idea; muestra como inaccesible la verdad que se jacta de haber buscado con todas las fuerzas de la razon, y al mismo tiempo que niega lo filosofía, niega todas las otras ciencias.

Durante la edad media, la filosofía no era al principio más que la forma, debiendo ser la teología el fondo del pensamiento; sin embargo, esa forma, largo tiempo encerrada en las humildes proporciones de la lógica, adquiere poco á poco tal importancia, ó se mezcla tan estrechamente con el fondo, que la ciencia reaparece, si no en su independencia, al ménos en su unidad: queremos decir, en su universalidad. Las mismas cuestiones

que habían dividido en otro tiempo á la Academia y al Liceo, se agitan con pasion en el fondo de los claustros y de los monasterios, y producen obras como el *Monologium* y el *Prologium* ó la *Summa* de Santo Tomás de Aquino. ¿Qué diremos, en fin, de los tiempos modernos? ¿Acaso Bacon, Descartes, Leibniz, tres hombres de génio en quienes se resume y concentra toda la vida intelectual del siglo XVII, no han abrazado en sus descubrimientos y en sus fecundas reformas la universalidad de los conocimientos humanos? ¿No se han aplicado, sobre todo, esos poderosos espíritus, á poner en claro las ideas que dominan todas las ciencias, los principios de donde emana toda verdad? Atribúyese á Descartes una revolucion semejante á la que Sócrates consumó en la antigüedad; pero ¿qué! ¿pensó Descartes en confinar la filosofía al estudio del *yo* humano? Tan léjos está de esa idea, que apenas ha echado una mirada sobre sí mismo, comprobando por el pensamiento su propia existencia, cuando se eleva luego, de proposicion en proposicion, conforme á la manera de los géometras, á las más altas consideraciones de la metafísica, para descender en seguida á todas las partes de la física, de la fisiología y de la filosofía natural. Y no se diga que Descartes no estaba de ningun modo obligado por sus principios á ejercitarse á la vez en materias tan diversas: su física, toda mecánica, es la consecuencia necesaria de su metafísica, y ésta se deriva de su psicología. Despues de él, sus ilustres discípulos Malebranche y Spinoza, léjos de quitar algo á ese dominio de la filosofía, han intentado darle todavía más elevacion y unidad. Partiendo de un punto enteramente opuesto, es decir, no indagando mas que la explicacion de los fenómenos físicos, Newton, al fin de sus *Principios matemáticos de filosofía natural*, se encuentra de repente delante de los mismos problemas. Aun los espíritus revolucionarios del siglo XVIII, al declararlos insolubles so pretexto de que traspasan la esfera de la observacion, se han visto obligados á discutirlos y resolverlos á su manera; unos por un espiritualismo inconsecuente, como Locke y Condillac; otros por un deísmo sentimental, como Rousseau; éstos por el materialismo, como d'Holbach y Helvetius, y muchos por el panteísmo.

La más alta expresion, en el orden especulativo, de esta época de crítica y de análisis, Kant, despues de haber encerrado al espíritu humano en la conciencia individual, como en una prision sin salida; despues de haber cortado toda comunicacion entre nuestras ideas y las cosas ¿no ha hecho entrar en la unidad sábia y los compartimientos simétricos de su sistema, no sólo á Dios, el alma, la humanidad, la moral, el derecho, las bellas artes, la religion, sino también la naturaleza exterior? Olvídase demasiado que el autor de la *Crítica de la razon pura* ha escrito también los *Elementos metafísicos de la ciencia de la naturaleza*, en que se esfuerza por determinar, desde el punto de vista general de su doctrina, los elementos constitutivos del mundo físico. El carácter dominante del tiempo en que vivimos es tratar de unir el espíritu analítico del siglo XVIII con el espíritu de síntesis y de organizacion que distingue al XVII. Así, la psicología por una parte, y por otra las ciencias naturales, no podrían bastarle; sino que despues de haber observado separadamente los fenómenos de cada orden, despues de haber recogido hechos en las partes más descuidadas hasta ahora del dominio de la experiencia, siente la necesidad de remontar á sus leyes comunes, á su origen, y en cierta manera verlas to-

KANT

das á la vez en una sola idea. Lo exagerado de esta disposicion es lo que ha dado lugar en Alemania, durante el primer cuarto de este siglo, á tan audaces tentativas; pero contenido en los límites de la inteligencia humana, é ilustrado y corregido por un análisis sincero, no es otra cosa que el mismo espíritu de la filosofía.

No ha cambiado, pues, nunca el objeto de ésta, sea que se le busque en las definiciones ó en los sistemas; siendo hoy lo que era en los siglos XVII y XVIII, lo que era en la edad media, en la Grecia y en los pueblos del Oriente, lo que será siempre, esto es, el saber humano en sus últimas profundidades, los primeros principios, las causas primeras de todo lo que es, la verdad en su carácter absoluto é inmutable, ó al menos bajo la forma más elevada que pueda ofrecer al hombre; y como la verdad, segun lo hemos notado ya, no puede comunicarse con nosotros, no puede manifestarse en general sino por el pensamiento, el estudio del pensamiento ó del espíritu humano, el conocimiento de la razon por sí misma, y por consiguiente, el goce más completo, el desarrollo más libre de sus fuerzas, es el fin inmediato, ó si se puede hablar así, la materia próxima de la filosofía.

(Concluirá.)

EL EMPIRISMO.

El empirismo es la doctrina filosófica que, nacida en diferentes épocas de la historia, de una reaccion inevitable contra los excesos de la especulacion metafísica, niega la certidumbre de todo lo que traspasa los límites de la pura experiencia. Para la filosofía empírica lo único verdadero, real, perceptible y cierto, es el hecho que conocemos directa é inmediatamente: todo lo demás, bien puede afirmarse, pero no será nunca conocido ni demostrado.

Véase desde luego todo lo que hay de arbitrario en semejante principio, y cuáles son sus consecuencias. Si no llega necesariamente al escepticismo absoluto, al menos le favorece y equivale á la negacion directa de toda ciencia, de toda teoría. Si sólo los hechos son verdaderos, toda ciencia se resolverá en una coleccion de experiencias particulares, que podrán reunirse en un haz, pero que no podrán tener enlace entre sí, porque no hay leyes generales y universales sin verdades generales y universales. En el mundo real no existirán más que fenómenos; las mismas sustancias serán puestas en duda: existirá la extension y el pensamiento, pero nadie tendrá derecho de afirmar la materia ni el espíritu.

Se comprende que, á pesar de la repugnancia de ciertos espíritus hácia las altas abstracciones, hácia las teorías absolutas, se encuentran muy pocos que hayan llevado hasta el extremo el principio del empirismo. Pocos filósofos, en efecto, le han profesado de una manera explícita y completa; y los que lo han hecho, casi se han confundido con los

escépticos; pero ha habido muchos que le han aceptado haciendo reservas más ó menos extensas; así es que entre el empirismo puro, y el sistema que niega solamente la certidumbre de las ideas necesarias y de los principios que son como el fondo de la razon humana, hay lugar para opiniones más ó menos moderadas, y más de una buena inteligencia, que al principio se habia rebelado contra las aserciones del empirismo, se ha visto arrastrada poco á poco á afirmarlo completamente.

De esto tenemos un ejemplo en Diderot, que haciéndose eco de la filosofía contemporánea, decia: «Los objetos sensibles fueron los primeros que hirieron los sentidos, y los que reunian varias cualidades á la vez, fueron los primeros que se nombraron: los diferentes individuos son los que componen este universo. En seguida se han distinguido unas de otras las cualidades sensibles, y se les dieron nombres, que en su mayor parte son adjetivos. En fin, hecha abstraccion de esas cualidades sensibles, se encontró, ó se creyó encontrar, algo comun en todos los individuos, como la impenetrabilidad, la extension, el color, la figura, etc., formándose los nombres metafísicos y generales, y casi todos los sustantivos. Poco á poco se ha habituado á creer que esos nombres representaban seres reales; se han considerado las cualidades sensibles como simples accidentes, y se ha imaginado que el adjetivo estaba realmente subordinado al sustantivo, siendo así que, propiamente hablando, el sustantivo no es nada, y el adjetivo es todo.» (*) Algunas líneas más adelante, declara Diderot, que *la sustancia es un sér imaginario*.

Fácil seria, multiplicando los ejemplos y las citas, mostrar que todas las teorías sobre el *yo* y el alma humana que tienen su raíz en la filosofía de Locke, conducen á esa consecuencia del empirismo. ¿No ha declarado Hume formalmente que el *yo* humano no es más que una sucesion de impresiones y de ideas? ¿Y no ha dicho Coudillac lo mismo en otros términos, cuando ha hecho de nuestra alma una coleccion de sensaciones y de ideas? Pero lo que importa examinar no es tanto las opiniones que van á dar al empirismo, cuanto la misma pretension en que éste se funda.

La debilidad del empirismo proviene de su estrechez y exclusivismo; su error consiste en negar lo que hay necesario y absoluto en la razon humana. En efecto, si el empirismo tuviera razon, si no hubiera nada cierto fuera de los hechos reducidos á sí mismos, al estado de puros fenómenos, las ciencias experimentales, lo mismo que todas las otras ciencias, serian imposibles. Ciertamente es que los hechos reales, actuales, son el camino por el cual podemos conocer todo lo que es accesible á nuestra inteligencia; y bajo este aspecto el conocimiento de los hechos, es decir, la experiencia, es el punto de partida de la ciencia. Dentro de tales límites, el empirismo tendria razon. Pero querer limitarse á ese punto de partida, encerrar allí al espíritu, es una locura y un absurdo; es negar gratuitamente la legitimidad de todas las operaciones intelectuales, que se apoyan en los hechos para alzarse sobre ellos y encontrar las verdades generales y universales; es negar el valor, la legitimidad y el alcance del raciocinio. Ahora bien, ¿con qué título y con qué derecho se viene á negar las verdades que el raciocinio suministra? Si el empirismo no las niega, reconoce verdades que van más allá de los hechos puros y simples, y sólo por esto se pone en contradiccion con su principio, que no admite como cierto más

(*) Carta sobre los sordo-mudos, Obras, t. II, p. 10.